

BUEN HUMOR

HEMEROTECA
MUNICIPAL 40 CENTIMOS



—Y cuando le dijiste a aquellos dos muchachos que eran unos impertinentes ¿qué te contestaron?
—Que no ; que eran gemelos.

Ayuntamiento de Madrid

Dib. TAULER. Madrid.



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION (PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería. S. A., Apdo. 605. *Habana*.

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16. —
Año.....	32 =

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5.—MADRID.—Apartado 12.142

Los famosos polvos insecticidas

LEYER Y COMP. ^A

Son infalibles para la destrucción de toda
clase de insectos

Nuestros Concursos

EL DEL MES de JULIO

(Prolongado hasta el 15 de agosto)

Con la acostumbrada alegría y con el brutal optimismo que nos caracteriza, ofrecemos a nuestros jacarandosos lectores el concurso correspondiente al mes de julio.

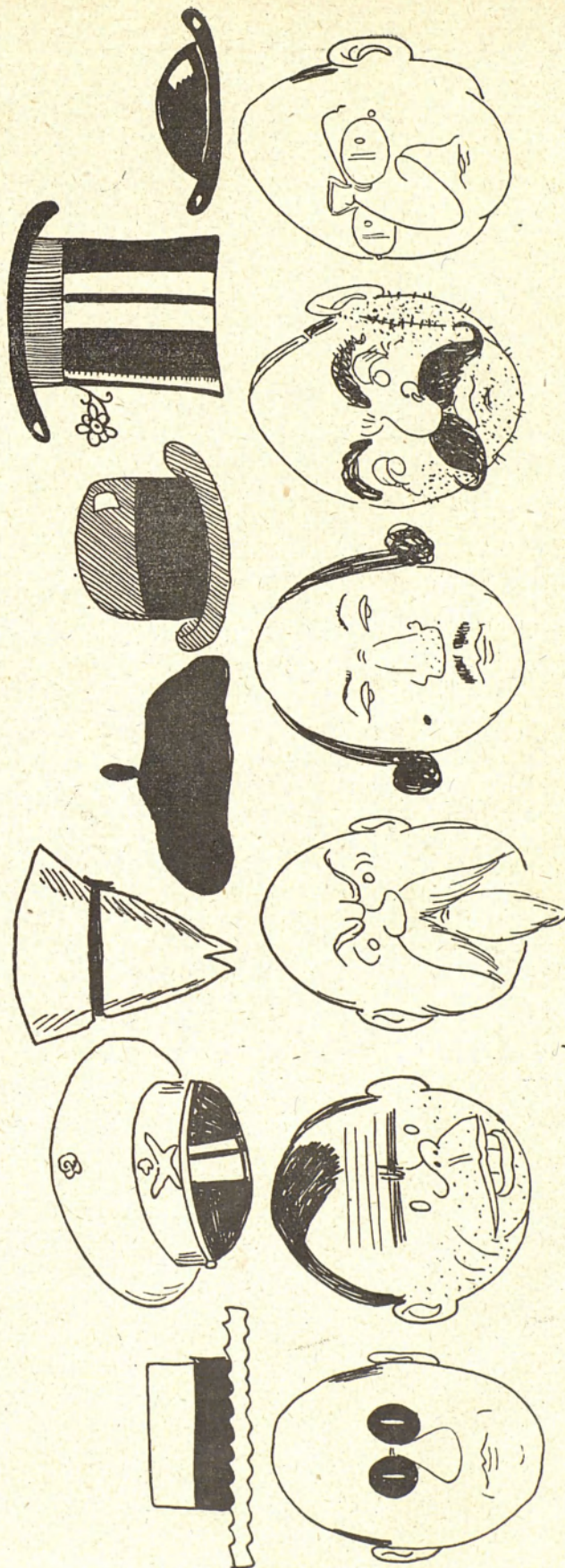
Como ustedes verán, aquí hay unos señores sin nada a la cabeza, excepto uno con cara de «esquinao» que tiene algo de pelo.

Estos ciudadanos huyen de la moda «sinsombrerística» como agua fría del gato escaldado, digo al revés, y llevan para ocultar sus respetables calvas los utensilios que ustedes ven dibujados ahí arriba. Pues bien, recortarlos, con más o menos cuidado, y péguenlos sobre sus respectivas cabezotas. Luego nos los remiten antes del 31 de este mes de julio, día en que se cerrará herméticamente este concurso.

El premio será como de costumbre en nosotros, de

100 pesetas 100

N. del A. Advierto lealmente que sobra un «cubre cabezas».

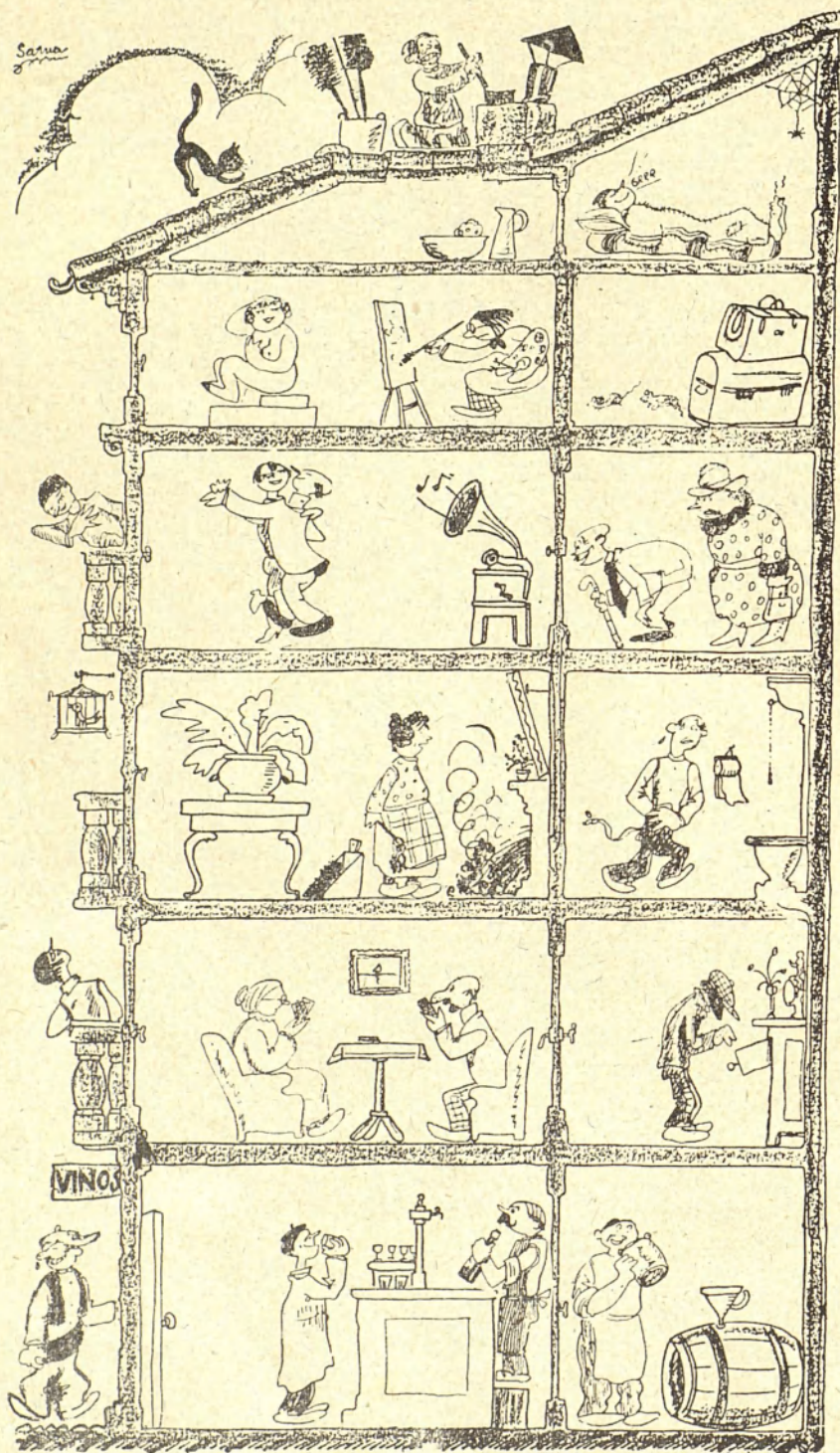


Población

Nombre del solucionista

NUESTROS CONCURSOS

EL DEL MES DE JUNIO



SOLUCION Y PREMIO

Señores y señoras, señoritos y señoritas: Ahí va la solución del concurso del mes de junio, que tanto y cuanto éxito ha obtenido entre nuestros lectores. Como verán ustedes por las soluciones publicadas en números anteriores, hemos recibido las «casitas» habitadas de la manera más absurda y pintoresca. Pero juramos con la mano sobre el corazón de un guardacantón, que la única solución lógica, auténtica y «fetén» es la que aquí ven ustedes. Y ahora analicemos (1), sí, señores, analicemos.

La tasca del «bajo» no admitía duda. El borrachín que entra empujando la puerta, por lo cual no se le ve la mano izquierda, tapada por el muro. De este piso es el mayor número de soluciones exactas.

La criada con los zorros en la mano, ante la chimenea, se asusta al pensar que tendrá que limpiar el hollín que sale, gracias al deshollinador que desholliniza desde el tejado, acompañado de un gato.

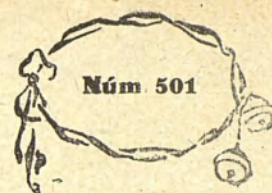
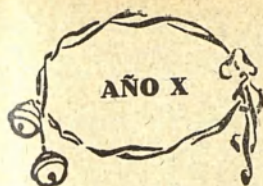
El «señor que duerme», «el rate-ro» y «el caballero de las manos en la barriga», así como el pintor y la modelo, no ofrecían ninguna duda. En cambio, tenemos que quejarnos de que la mayoría de los solucionistas han puesto al «señor que mira agachado», fisgando en el piso del pintor, sin darse cuenta de que es un tabique lo que lo separaba del estudio de dicho artista. Otra cosa que se ha resistido a la perspicacia de los solucionistas han sido los ratoncitos.

De las soluciones recibidas han resultado exactas, excepción hecha de los antedichos ratoncitos, sólo las de 31 solucionistas, cuyos nombres no publicamos por el poco espacio de que disponemos. Hecho el sorteo con las formalidades de rigor, y en presencia de varios concurrentes, ha salido con el premio gordo don Ricardo Aurelio Monedero, de Madrid, cuyo premio de 100 pesetas podrá hacer efectivo cualquier día laborable, de cuatro a ocho, en nuestra Redacción.

¡Y enhorabuena, don Ricardo!

(1) Si quieres ser feliz, como me dices, no analices, muchacho; no analices.

(Landrú.)



LA TRAGEDIA PARLAMENTARIA DE RODRIGUEZ, PAVO EX REAL

En la calle de los Azucareros, después del Rafael Guerra, después de Millán de Priego, más tarde de Albiñana, y por último de Indalecio, pasó la otra tarde una cosa...

Fué en casa de Rodríguez... Claro que Rodríguez, en rigor, no era solamente Rodríguez en el mundo: era Rodríguez Carrasco de los Hinestrillos de Hijares, o Rodríguez de la Péndola o del Tercio, o Rodríguez de Rodríguez de Rodríguez; pero nosotros, ahora, le denominamos Rodríguez nada más, por voluntad expresa del finado. Finado en la política, lectores.

Rodríguez acabó, lo que se dice acabó, la otra tarde. Si no pereció del todo y sigue todavía en el mundo de los vivos, sigue, empero, medio muerto, desaparecido por lo menos, del mundo parlamentario, que era para él su mundo y su razón suprema de existir, y se cortó la coleta, o sea todo aquello que en su nombre solemnísimos y pomposos—alejandrino, endecasílabo o así—colgaba—como aditamento distinguido—del Rodríguez.

Rodríguez quiere, por eso, que nombrándole así, sólo Rodríguez, quede su catástrofe sumida en el limbo—lugar de consuelo de todas las glorias fallidas—del anonimato impune.

Han de saber Vos que Rodríguez era, desde tiempo ha, parlamentario. Aquello que nos dijo Schopenhauer: «El mundo es nuestra representación», lo había completado Rodríguez: El mundo era, para él, su representación... parlamentaria. El había nacido diputado, y diputado «cunero»; cunero desde la cuna, era el colmo y quintesencia, por lo tanto, del parlamentario nato. Nato y prognato, para más afinidad con las instituciones sacrosantas...

Pues bien: este Rodríguez

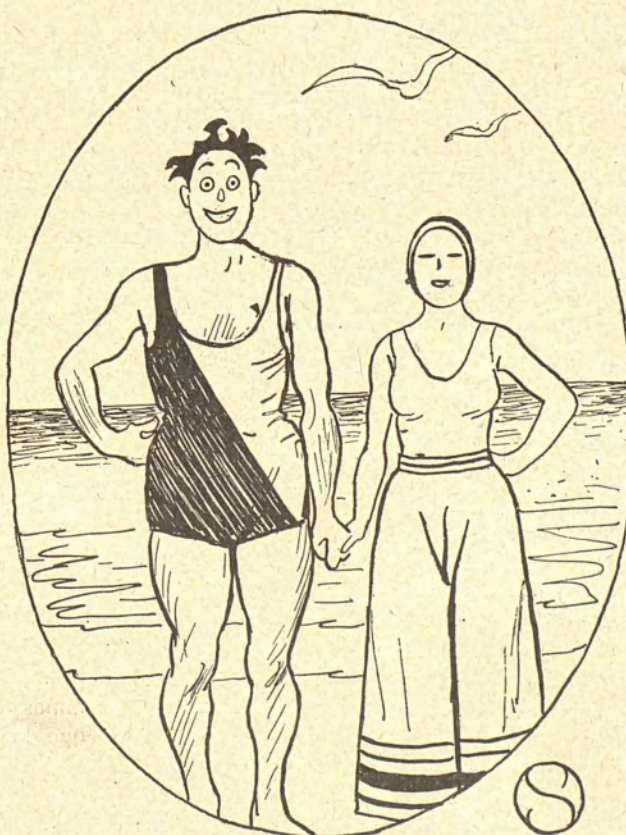
llegó la otra tarde a su casa, una casa en donde no faltaba ninguno de los aparatos mecánicos que le hacen falta a un hombre de cierta posición: gramola, pianola, supereteranodino, y señora vistosa y achulada, envuelta en bata de cretona floreal, chancas de raro azul pálido, tacón alto y pompón, y ondulación al agua, permanente. (Este último aparato—la señora—era el de sostenimiento más caro y el que se descomponía con más facilidad, pero el que más engreía a Rodríguez. Lo había adquirido de saldo, por traspaso de un amigo, que había venido a menos, y había adquirido un piso en la calle de Azucareros, a fin de instalar allí el apa-

ratoso aparato, llamado por más señas Mariana, y encontrárselo allí todos los días cuando, al volver del Congreso, procuraba no acordarse de que allá, en el noroeste de la Península Ibérica, había un pueblo que le había conferido la representación parlamentaria, y en el pueblo una señora que le había concedido su mano de esposa fértil y le había concedido siete chicos en sus diez años de vínculo.

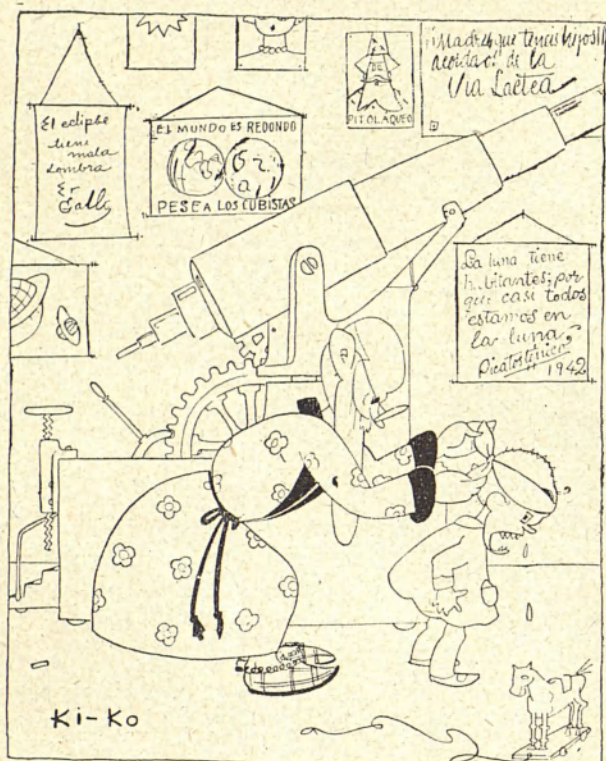
Pues bien, Rodríguez entró, se quitó el «chaquet», le dijo a Mariana al dárselo: «Puedes ya tirarlo a la basura»... Y ante la estupefacción de Mariana, se puso a hojear unos volúmenes sin quererle contestar a sus preguntas y sin atender a nada más que a la idea que traía en la cabeza—primera vez que traía una idea en la cabeza, y que le estaba, por lo visto, obsesionando.

Rodríguez hojeó el primer volumen, y Mariana vió con asombro que aquel hombre comenzaba a declamar:

«¡Oh, señores diputados, vosotros que me invocáis el nombre sacrosanto de la patria, mandadme y decid: «haz esto...», y yo obedeceré, sea a quien fuere... Porque en el altar del corazón del hombre bien nacido hay sólo dos imágenes, señores, la de Madre y la de Patria, porque la oración de amor del que es buen hijo y buen padre—hijo de la madre de uno y padre de la Patria, diputados—hijo y padre es todo uno, y Madre-Patria y Madre, todo uno, porque Madre no hay más que una, y cuando en dolores y dichos grita el hombre: «¡Madre, Madre!...», a la madre de la carne grita uno y a la Madre-Patria también: todo es lo mismo... No me digáis, por tanto, diputados—hermanos os diré, puesto que la misma Madre nos tiene aquí hermanados a nosotros—,

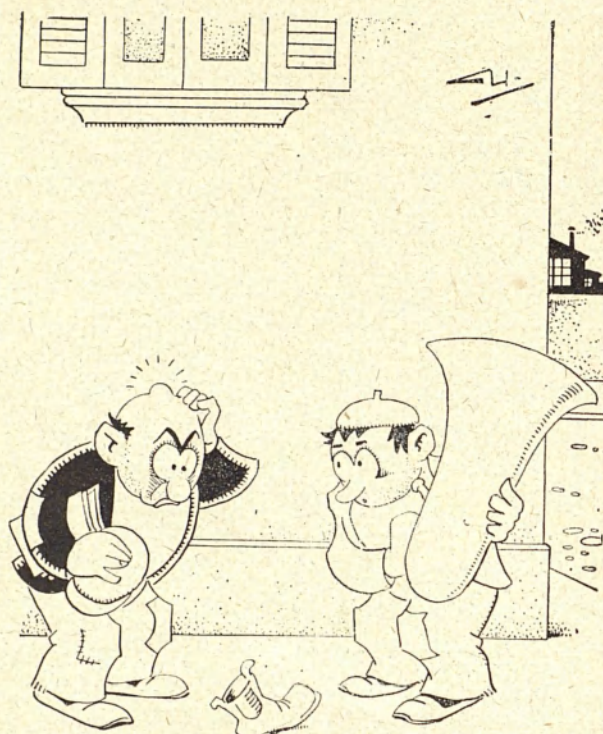


Dib. SILENO, Lourido.



—Pero... ¿qué ibas a hacer para caerte, hijo mío?
—Que... que... quería ver las estrellas.

Dib. KI-KO, Madrid.



—¡Yo, que tú, volvería a tocar, a ver si completaba el par!

Dib. URDA, Barcelona.

que no puede llevarse a feliz término el consolidado adoquinero de la carretera de Betanzos a Porriño»...

—Ya ves cómo hablaba yo...—dijo por fin Rodríguez a Mariana—. Esto era elocuencia y gallardía y con pretexto de nada, de una simple carretera que no iba ni a hacerse siquiera, sabía yo elevar la oración parlamentaria a la altura de una joya... Pues ahora ya me dicen que me puedo embotellar estos floreos... D. José Ortega y Gasset ha debutado en la Cámara: ha dicho que no hay que hacer el tenor y me ha partido, porque ya se empeñan todos en llamarme el canario flauta...

Después abrió otro volumen, que también pertenecía—lo mismo que el anterior—al «Diario de Sesiones», y volvió a suspirar...

«Yo, en el año 25, cuando nos conocimos, ¿te acuerdas?, era el niño bonito del Congreso... No dejaba hablar ni a Dios... Era yo el castizo... ¡Fetén!... Aquello era animación y

españolismo... Con solemne interrupción deshacía a los contrincantes... Cuando en el año 18 dije «¡Miau!» en medio de un discurso del presidente del Consejo, y allí se acabó el discurso y el Gobierno... Se tuvo que declarar crisis total en el acto... Y cuando hablaba un ministro de Canarias y yo dije: «No se apuren los canarios ¡me los fumo!»... la Cámara se tronchaba... Pues también me dicen que esto se va a terminar ahora... Don José Ortega y Gasset ha debutado en la Cámara y ha dicho que no hay que hacer en el Parlamento el payaso, y ya no voy a poder intervenir en los debates como siempre...

Cuidado que yo soy hombre que sabe ponerse a tono—había continuado diciendo Rodríguez—. En estos últimos tiempos cambié, como sabes, de régimen: a ti, que te llamabas Isabel, en recuerdo, por lo flamenco-ta y tal, y de la reina Isabel II, te puse de nombre Mariana en una con-

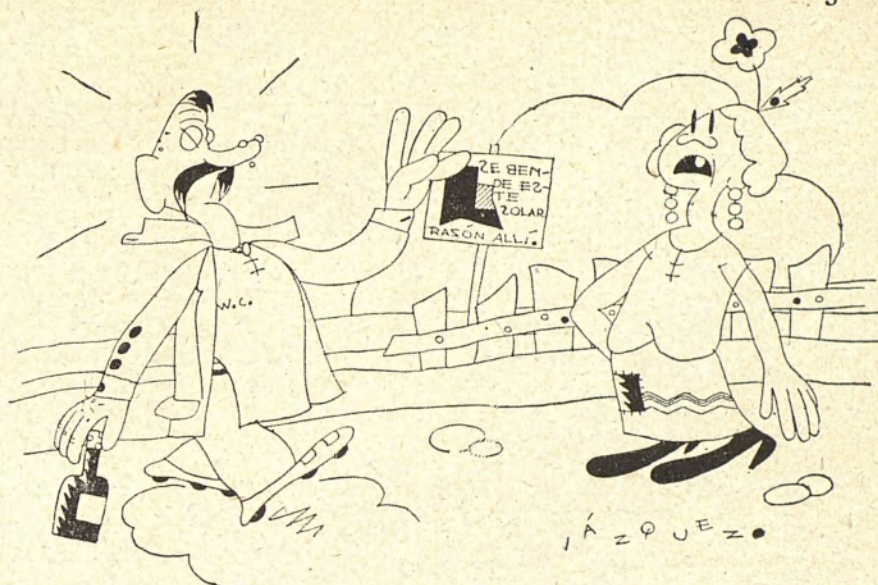
firmitación que era, también, confirmación de mi homenaje al nuevo régimen, y en seguida comencé a rugir, trepante, la espada de la venganza en una mano, la balanza de la justicia en otra mano, el himno a Jaca en la otra, y en la otra la bandera de las responsabilidades. Yo he sabido arrancar vivas de entusiasmo cuando he dicho, temblando, apocalíptico, encendido en indignación: «Mi programa tiene su nombre: «¡Responsabilidades!»... No podríamos llamarnos tales hijos de tal augusta y bendecida madre (nunca me ha fallado la madre), de tal augusta y bendecida madre, como es para nosotros la española, si no vengamos la afrenta que ha sufrido y no pedimos cuentas muy estrechas a los que la envilecieron...»

Esto me parece que es un párrafo—decía a Mariana Rodríguez—. Pues ¡nada!, ¡tampoco sirve!... Tampoco, según parece, van a dejarme sano y salvo ese programa. Ya me han di-

cho tres o cuatro que empiece por mí mismo las responsabilidades y que me ajuste las cuentas en mi casa, para ver si yo no he sido tan de la U. P. (Un Pepino) como varios de esos hombres a quienes hoy pedimos la cabeza, en vez de habernos dado cuenta, antes de ahora, de que no la han tenido nunca. Ha habido quien me ha dicho, hace un momento: «Suponga usted que repetimos el cuadrado de *La Campana de Huesca* y cortamos la cabeza a cuatro mil... Y ¿qué? ¿Basta aun eso? ¿Tendrá usted su cabeza llena de algo en cuanto haya cortado la del prójimo? ¿No será cosa de cortársela a usted mismo, si quiere usted servir para ministro y no sirve nada más que de verdugo?... No sea usted jabalí, ni chinche, ni melón... Ahora, lo primero que hace falta, es decir: «Hay que hacer esto», y hacerlo; y ver que, efectivamente, usted lo supo hacer y que hacía efectivamente, falta que lo hiciera». Entonces vaya usted, y eso que usted hizo bien, restriégueselo en seguida por las narices al otro... Eso es lo que hacen los hombres; lo demás, es hacer el jabalí, o el chinche—el animal—, o el hortaliza». Esto me han dicho hace poco. Y es porque Ortega y Gasset ha debutado en la Cámara y nos ha chapado el plan a más de ochenta Rodríguez. Así que yo... ¡finiquito!..., ya no he de usar más el «chaquet» ni he de ser Rodríguez del Monte de Hinestrillos de Hinestrisa... Los apellidos añadidos al Rodríguez eran como la cola del «chaquet»; añadido también que yo hacía, como el pavo real la rueda; pero ahora, a los pavos reales nos han cortado 'o de «real» y nos han dejado en pavos: sin la rueda, sin la cola, sin «chaquet»; rapaditos por completo y reducidos a un mero y simple Rodríguez...

Y Rodríguez se abrazó a su Isabel, después Mariana. Pero un olor a tabaco inglés que él no usaba le hizo comprender que Mariana—antes Isabel—le era infiel... y se calló; no quiso ya ni a ella exigir responsabilidades...

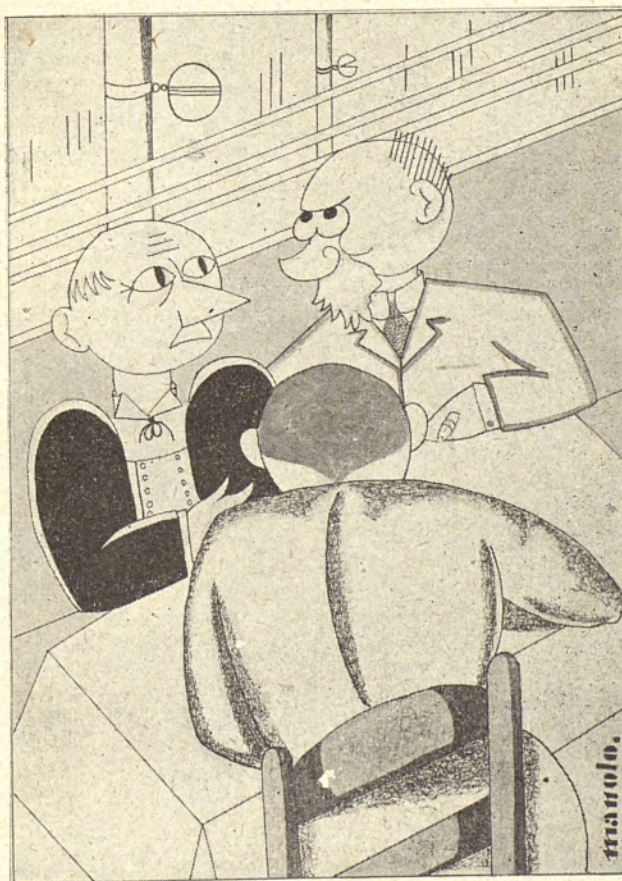
MANUEL ABRIL.



—¿Otra merluza, Wenceslao?

—Sí, mujer, y luego dicen que el pescado es caro.

Dib. VÁZQUEZ, Madrid



Don Cenón.—¿Me quiere usted decir qué es la Psicoanálisis?

—Qué tontería me pregunta usted sabiendo que yo pago al casero antes del día cinco.

Dib. MANOLO, Madrid,

¿QUE SERA DE MI FAMILIA

EL DIA QUE YO ME MUERA?

Mi familia es adorable,
no hay otra igual en la tierra,
ella me viste y me calza,
me acaricia y alimenta,
me compra puros habanos
de los de cuatro pesetas;
para cines y teatros,

conciertos, circos y ferias,
me regala, complacida,
billetes de preferencia.

Tenemos en mi familia
tres jóvenes costureras:
una, cose para dentro;
las otras dos, para fuera,

y en cuanto tienen dinero
me regalan muchas prendas;
en el invierno, una capa,
y un gabán en primavera,
y en el verano, un pijama
color lila macilenta.

A las corridas de toros
en automóvil me lleva,
y al acabar la función
vuelve, y me aguarda en la puerta,
convidándome, después,

a merendar en las Ventas,
en donde, por una quince,
dan diez platos de primera,
incluyendo en este precio
mondadientes y agua fresca.

Siempre noble y generosa,
me paga todas las deudas,
y en vez de reñir, me invita
a contraer otras nuevas,
porque el deber ya no se lleva.

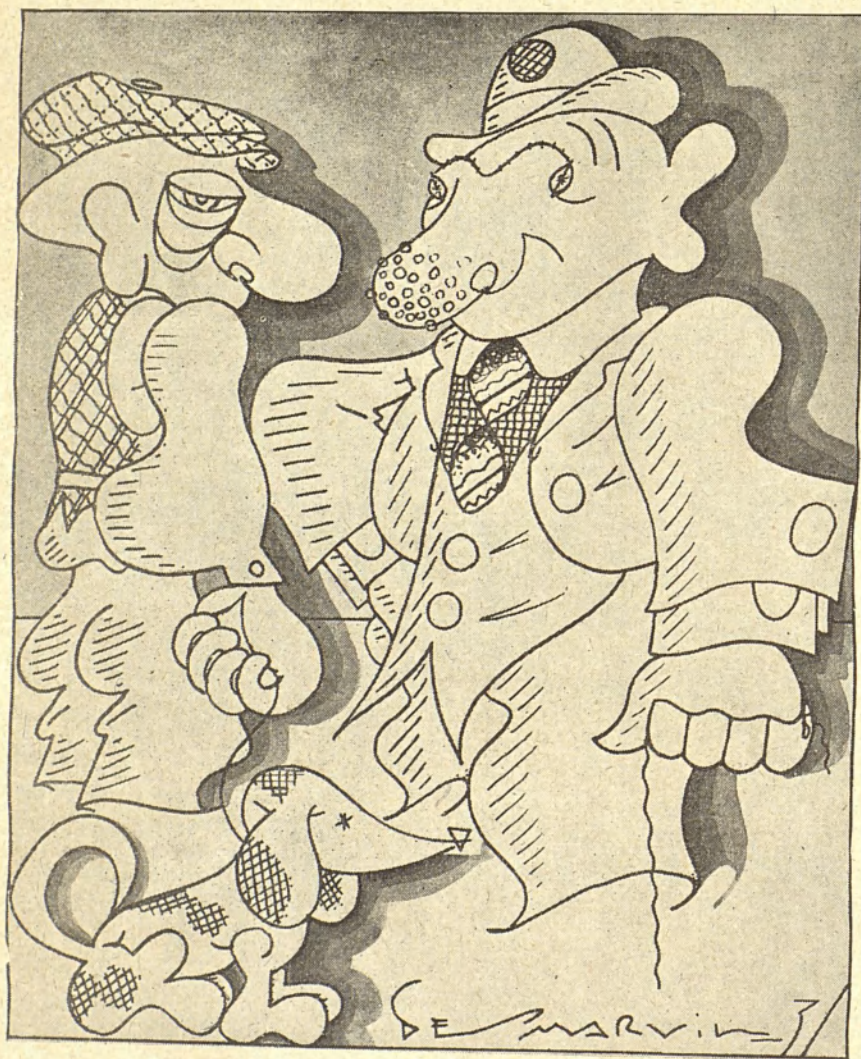
Si quiero casarme, al punto
mi resolución aprueba,
a condición de que admita
que me paguen la vivienda,
el almuerzo, la comida,

el desayuno y la cena.
No me dejan trabajar,
porque profesa la idea
de que el trabajo se hizo
para la gente plebeya.

Si estoy enfermo, rechaza
facultativa asistencia,
porque dice que las drogas
el estómago estropean,
y que no llamando al médico
se va el mal a la otra acera.

En vista de estas bondades,
paso las noches en vela
discurriendo de este modo,
casi llorando de pena:

«¿Qué será de mi familia
el día que yo me muera,
faltándole los auxilios
que mi persona le presta?»



—¿Come mucho este perrito?

—¡No, casi nada! Desde esta mañana, que mordió a un señor, no ha probado bocado.

Dib. DESMARVIL, Madrid.

TOMÁS LUCEÑO.

Impresionantes noticias y severos comentarios de rotunda actualidad

Un periódico de los más pesimistas que se publican en Madrid ha dado a sus lectores, en el breve plazo de cuarenta y ocho horas, las dos desconcertantes e incongruentes noticias que siguen:

Que en Gijón están alcanzando las sardinas unos precios fabulosos e inasequibles.

Y que en Dover ha caído en pleno océano un aeroplano, ahogándose sus dos tripulantes con vergonzosa resignación.

Protestamos de que se embrutezca al público con esos absurdos.

Porque decir que las sardinas están por las nubes y los aviadores en el fondo del mar, es gana de hacer un lío a los lectores, y así no hay modo de civilizar a España.

En Estocolmo se acaba de instalar un *water-closet* automático, que, para servirse de él, no hay más que echar diez céntimos por una ranura y luego todo son facilidades para el concurrente.

Claro que suponemos que después habrá que echar por otra ranura algo más que diez céntimos, pero como esto es peor *meneallo*, optamos por callarnos, convencidos de que el talento de ustedes suplirá nuestra discreta omisión.

¡Con lectores tan conscientes como los de BUEN HUMOR, da gusto plantear las cuestiones, por arduas que sean!

En los días siguientes a la proclamación de la República hizo una visita a Madrid un diputado inglés (un *común*, por decirlo más claro, y dicho sea con perdón de ustedes, sobre todo por haber acabado de aludir a otro *común* hace un minuto).

El susodicho individuo de la Cámara comunesca londinense preguntó, curioso, a un *cicerone*:

—Ese señor Romanones que, con la implantación del nuevo régimen, ha quedado cesante como hombre público de altura, ¿no es un caballero que está cojo?

A lo cual contestó el interpelado: —¡Eso era antes! ¡¡Ahora lo que está es jorobado!!...

Entre las varias huelgas que se han

declarado en Europa, en estos últimos tiempos de inquietud tan societaria como calamitosa, figura una que se nos ha antojado que es la más terrible y la que plantea problemas más horrorizantes para la sociedad.

Nos referimos a la huelga de relojeros de Berna, que piden las ocho horas de trabajo.

—¿Se dan ustedes cuenta de la brutal consecuencia que puede tener el que un relojero no trabaje más



—¿Cómo es que compra usted leche teniendo una vaca propia?

—Porque he tenido que vender toda la que da: lleva unos días enferma.

Dib. GASTÓN MAS, París.

que ocho horas, cuando los relojes que tiene que hacer han de tener las veinticuatro que manda la ley?

¡Un relojero que hace caso omiso de diez y seis horas, no puede ya elaborar ningún reloj decente ni responsable!

¡Y esto no lo debemos tolerar!

Por lo tanto, digamos muy alto a esos rebeldes ciudadanos que, en las conquistas sociales, todavía no ha llegado el momento del triunfo de los relojeros.

¡Vamos, que no es su hora!

En virtud de un anuncio indiscreto y algo bilbaíno, nos hemos enterado de que el señor Pildain (el formidable sacerdote que ha venido de diputado a las Constituyentes) toma después de sus comidas una taza del exquisito té chino *Yamagusa*, y que

asegura que es el té preferido por él. Nos parece muy mal, porque él tiene la obligación de preferir, sobre todos los té, el *Te Deum*.

Lo que ha sucedido el otro día en un taller de encuadernación de París es sencillamente la mayor tragedia que registra la historia de los accidentes del trabajo.

Una colosal estantería del establecimiento, que sostenía catorce mil Biblias acabadas de encuadernar, se ha venido abajo inopinadamente, cayendo sobre un infeliz obrero.

Exclusado es decir que las Biblias encuadernadas han tenido la rara virtud de desencuadernar al pobre operario, que, además, se ha muerto en seguida, porque no podía hacer otra cosa.

Y la Prensa parisense, con perfec-

ta unanimidad, ha convenido en hacer una afirmación, con la cual estamos absolutamente conformes. Y la afirmación es ésta:

Que un hombre que muere aplastado por catorce mil Biblias, es un mártir del cristianismo.

Negar lo, sería una idiotez imperdonable.

Una señora pensionista, que nosotros hemos tenido la oportunidad de conocer en un tranvía un día que tuvimos que ir precipitadamente a comprarnos una corbata, nos comunicó sus temores sobre las desagradables consecuencias a que puede dar lugar la inminente ley del divorcio.

Y decía la pobre dama, con una consternación imposible de traducir:

—¡Es horrible, caballero!... ¡La ley del divorcio producirá en España daños espantosos!... ¡Yo no me acostumbro a la idea de que puedan separarse personas como, por ejemplo, Daoiz y Velarde, que han estado juntas toda la vida!...

Yo no sé lo que estaría diciendo La Cierva en Biarritz hace unos días, pero algo gordo debía de ser cuando uno que le escuchaba se creyó en el caso de contestarle con terrorífica severidad:

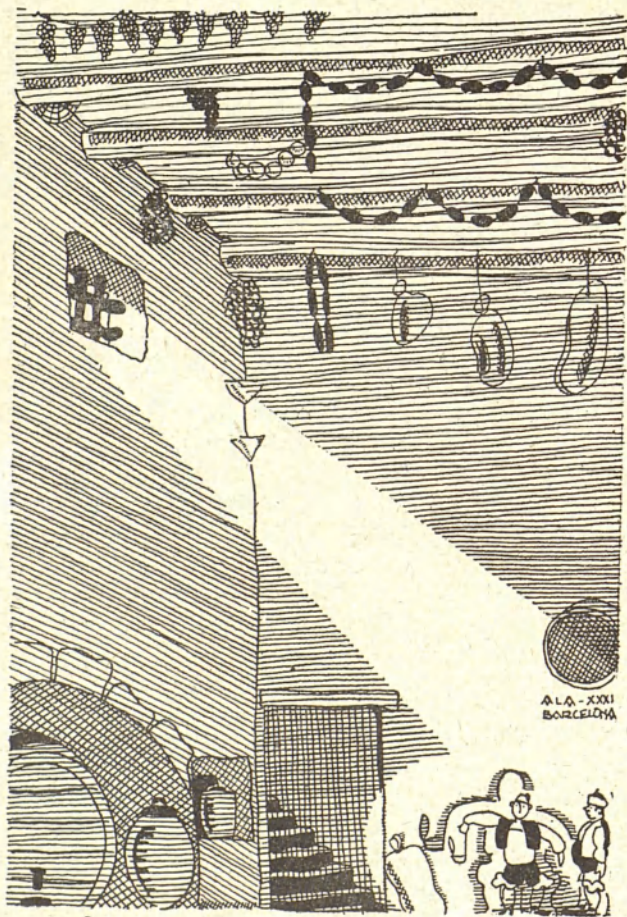
—No es lo mismo nacer en Mula que morir en Jaca.

La contestación se las trae, a pesar de su sencillez. No sabemos si es cabalística o caballística, pero que es de aúpa no hay quien lo dude.

La semana pasada ha ingresado en el manicomio de Leganés un desventurado sujeto que fué, en tiempos más felices para él, amigo íntimo del robusto alcalde de Madrid, don Pedro Rico, y del inefable ex ministro ex constitucionalista don Paco Bergamín.

Según la familia del novísimo y flamante demente, su locura es tan categórica como espantosa; y, en efecto, los primeros síntomas de la mochalez del pobre hombre no pueden ser más alarmantes.

Con decirles a ustedes que califica a Bergamín de bello sujeto y que asegura que conoce cuál es el punto flaco de don Pedro Rico, creo que no habrá lugar para que dejemos de convenir en que el «gachó» está perdido de la cabeza y para que lo aten para toda la vida.



—¿Sabes? *Antiyer* averiguamos que el portero hacía trampas en el juego.

—¿Lo echaríais a patadas?

—No, *entoavía* no; aún no hemos *tenio* tiempo de aprender cómo las hace.

Dib. ALA. Barcelona.

ERNESTO POLO.

NO SE MOLESTEN

Una Comisión de curas
rurales viene a Madrid...
(y no en busca de aventuras,
porque un cura no es un Cid),
y aunque ya temiendo están
lo de la separación,
en Justicia pedirán
un aumento a su ración.

«¿Por qué parte del dinero,
que se les da a los prelados,
no se reparte entre el clero
de los pequeños poblados?»

Piensa así el Padre Agapito,
que me quiere y me bendice,
y que, hace poco, me ha escrito
una cartita que dice:

«Vamos a ver si logramos
salir de estas amarguras.
¡Si vieras qué mal andamos
de perras algunos curas,
mientras se llevan el oro
canónigos regoldones
que van, ¡ay!, del caño al coro
y roncan en sus sillones!...

Fíjate en la situación
que mi malestar provoca:
¡gano menos que el peón
que la iglesia nos revoca!

¿No recuerdas mis apuros?
¿Has podido tú olvidar
que, por no tener dos duros,
me tuvieron que arreglar
un bonete, allá en Cazorla
(¡el mirarlo daba grima!),
con diez naipes y la borla
de los polvos de mi prima?

Ya agoté mis perras todas,
y, según lo que preveo,
comeré sólo en las bodas
y en algún que otro bateo.

En fin, a Inés, mi ama buena,
que era mi amparo y mi abrigo,
y que, después de la cena,
jugaba al tute conmigo,
sin atender sus reproches
la tuve que jubilar...

y hoy me aburro por las noches
sin tener con quien jugar.»

... ..
¡A ver qué haces, Dios eterno,
en obsequio de los tales!
¡A ver qué hace este Gobierno
con los párrocos rurales!

¿Dónde hallar mesas ni camas

los de inteligencias romas?

¿Y qué van a hacer sus amas...
que ya no están para bromas?

¡Vivir mal, hasta que a un lado
quede en la vida el latín
y la Iglesia y el Estado
se desaparten, por fin!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.



—¿Y hace mucho que está usted de marinero?

—¡Ya lo creo!... Desde niño. ¡¡No he usao otro traje!!

Dib. CASERO. Madrid.



Dib. GARRIDO. Madrid.



—¿La va a llevar usted puesta?

LA FUERZA DE LA COSTUMBRE

Dib. AREUGER. Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

El niño de las tres piernas

Cuando nació y mientras fué teniendo las viruelillas, el sarampión, la tosferina y demás porquerías infantiles, nadie concedió la menor importancia a que el niño tuviera tres piernas en lugar del par acostumbrado.

La primera contrariedad y el primer disgusto serio se planteó cuando, pasada la escarlatina, los diviesos, los vómitos del tabaco y demás inmundicias de la pubertad, padre e hijo pidieron en la zapatería:

—Par y medio de botas.

Y ante la negativa del comerciante a realizar la hasta entonces inédita operación, se armó el lío.

—Tiene usted que llevarse dos pares, caballero.

—Me sobra una bota.

—Lleve usted un par nada más.

—Me sobra un pie.

La segunda fué con el sastre.

—Usted me dirá su idea, caballero. ¿El mocito piensa usar las tres piernas?

—Naturalmente.

—Pues lo siento mucho, pero yo no sé cortar ese pantalón que el pollo precisa.

—¿Qué atraso!

—Sí, señor. Un atraso muy grande. Para la próxima temporada procuraré orientarme mejor.

Todo esto fué complicándose extraordinariamente a medida que el imprevisto trípode aumentaba de tamaño.

Había, indudablemente, la ventaja de que si el muchacho resultaba borrachín, nunca llegaría a derrumbarse por una llave traicionera del alcohol. Pero había también muchos inconvenientes.

Uno de ellos, sin ir más lejos, que la criaturita se armaba el lío padre para cruzar las piernas, pues nunca sabía cuál colocar encima y cuáles dejar de soporte y si no sería muy correcto subir dos y dejar una o subir una y dejar dos.

Y otro, el más angustioso de todos, que tantos y tan brutales conflictos como planteaba a diario aquella mezcla de hombre y triciclo, echaron por tierra todos los planes económicos de su progenitor, en cuyo modesto sueldo se había metido la maldita pierna viuda.

Quizá con un poco de decisión todo se hubiera arreglado. Ya lo propuso reiteradamente Matías, el ordenanza del ministerio.

—No sea usted panoli, don Ramón. Córtete usted esa pierna y asunto concluido. Eso, o que el chico se haga afilador...

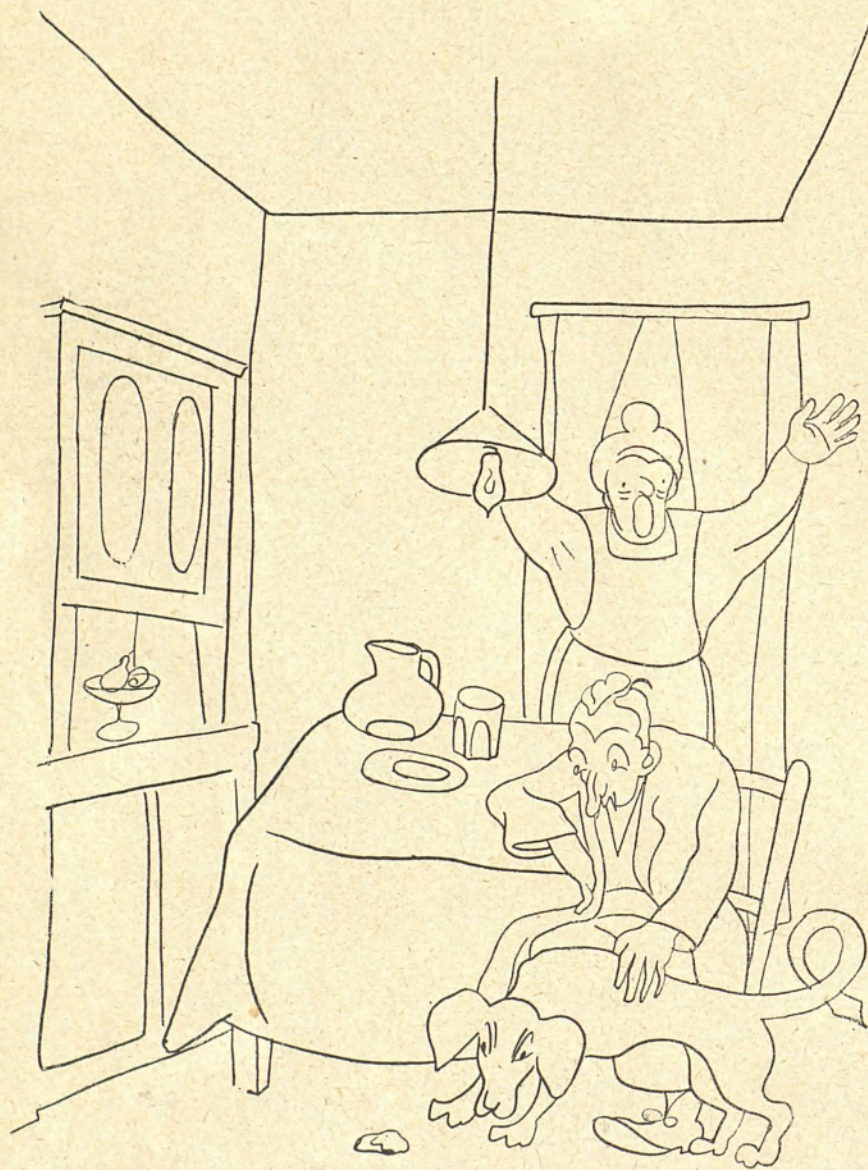
¿Quién ha dicho que la cama adquiere en los finales de mes profundas resonancias filosóficas?

Aquella noche, cuando don Ramón metió entre las sábanas todas sus preocupaciones, en torno suyo comenzó a bordonear la absurda sugerencia de Matías, el ordenanza.

—¡Métalo usted a afiladooo!

¿Absurda?... ¿Y por qué absurda?

Hay gente que vive sólo y exclusivamente de no poder moverse (los diplodocus de la obesidad), otros ama-



Frívolo

—¿Qué es esto? ¿El perro comiéndose el «bistec»?

—¡Quiá, no, señora! No puedo convencerle.

Dib. FRÍVOLO, Asturias.

san millones a causa de haber nacido con los ojos debajo de la barbilla y la boca en el cogote caso aplaudidísimo en la feria de Berlín).
¿Absurda la proposición de Matías?... ¿Por qué?...

Eran las cinco de la mañana cuando don Matías giraba la llave de la luz y se deslizaba debajo de la sábana para confesarse.

—No cabe duda. Hasta las mayores desgracias, hasta las más tristes calamidades pueden ser fuente de riqueza. Todo estriba en operar inteligentemente... Comienzo a ver claro en el porvenir de esa birria de hijo...

Estaba descartado que la aparición del chico en los campos de fútbol habría de plantear serios problemas deportivos y escándalos imponentes. Un delantero centro con tres piernas, desmoraliza al portero más templado, no sólo por la enorme velocidad que puede imprimir a sus avances, sino por la enloquecedora incógnita que representa en el momento de chutar. ¿Tirará con la pierna derecha?, ¿con la izquierda?, ¿con la del centro?, ¿con la primera y segunda a la vez?, ¿quizá con la primera y tercera?, o ¿sabe alguien si con la tercera y segunda?...

Aquello era algo como para chistar a un taxi y que le llevaran a uno al manicomio más próximo.

Por eso, cuando el fenómeno llevaba metidos treinta y nueve goles en los diez minutos primeros de juego, el equipo contrario se tiró en la hierba y se negó a seguir jugando.

—¡Esto es un timo!—rugían congestionados de ridículo—. ¡Estamos luchando contra once jugadores y medio y esto no lo autoriza el Reglamento!

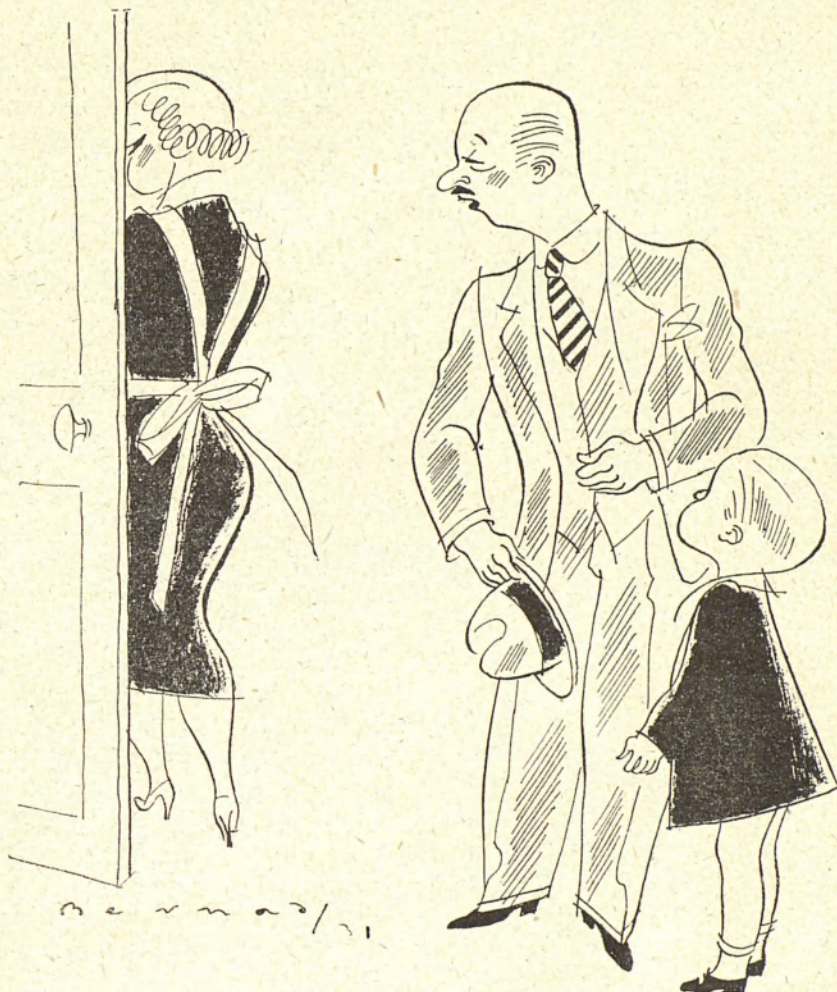
Y fué en balde que el padre de la oriaturita, que llevaba varios meses apagando la luz de la alcoba a las seis de la mañana, protestara ante el árbitro.

—¡Falso, mentira! ¡Aquí no hay más que once jugadores, cuéntense las cabezas y se verá! Lo que hay son veintitrés piernas; pero de este detalle no se ocupa el Reglamento...

Y que, intentado legislar sobre este extremo imprevisto, añadiera:

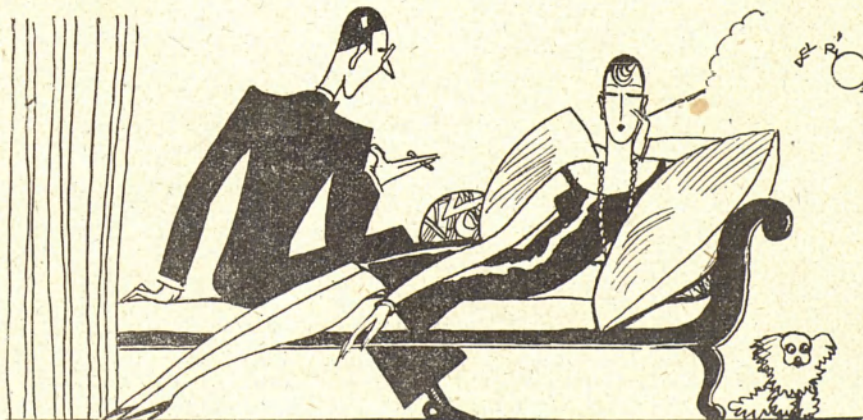
—Si el hecho de poder chutar con tres piernas distintas representa una ventaja, no es menos cierto que el equipo contrario puede hartarse de dar sonoras patadas en seis espinillas, con lo cual el número de fracturas probables queda elevada, a su favor, en un 33 con 33 por 100. ¡Es equitativo!

L. PIELTAIN



El niño.—¿Criada nueva? Pero ¿cuándo vas a ser formal, papá? .

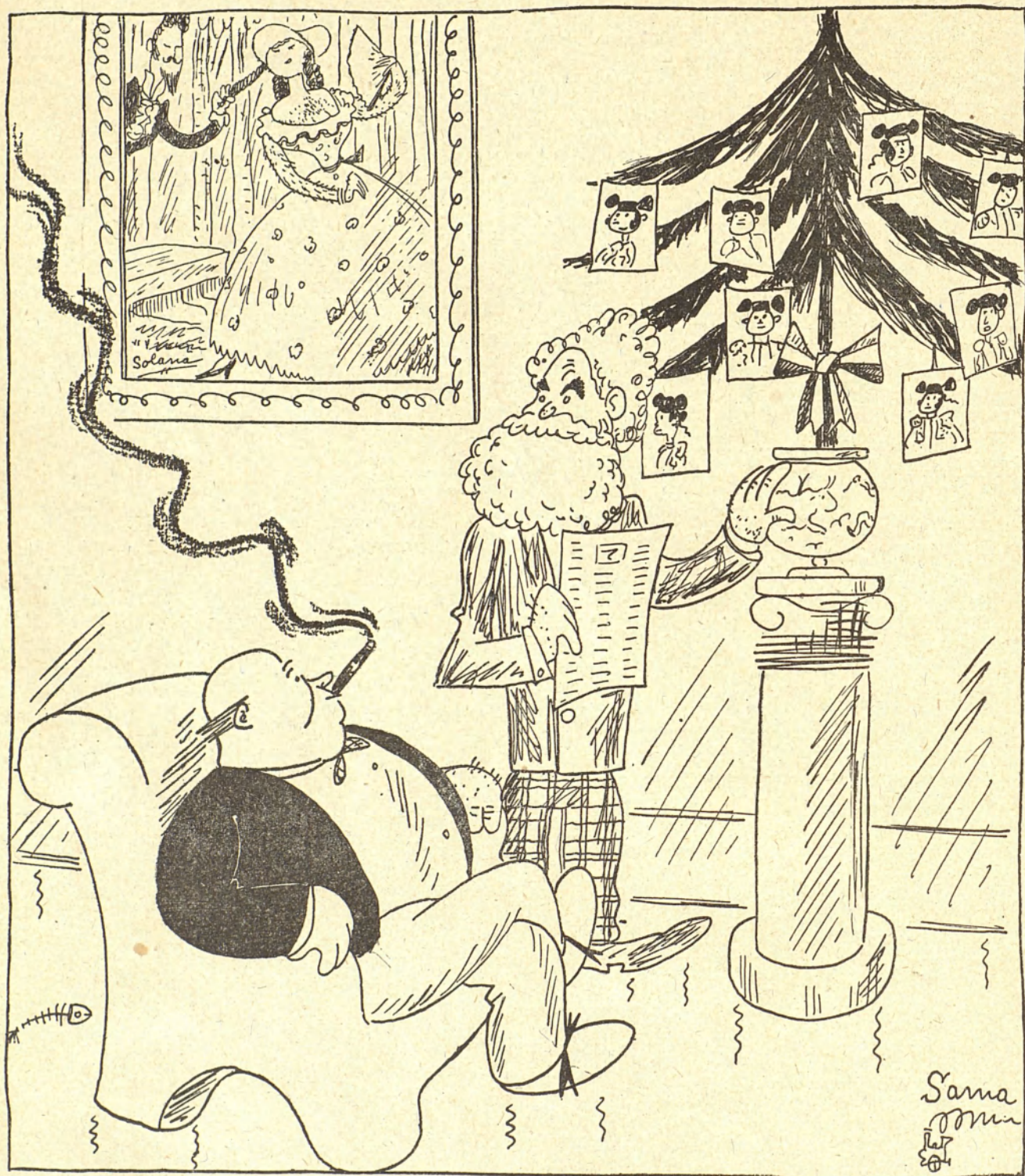
Dib. BERNAD, París.



El.—¿Y cuánto tiempo estuvo usted en Norteamérica?

Ella.—Poco más o menos, tres maridos.

Dib. DEL RÍO, Barcelona.



—Y usted, don José, ¿no ha trabajado nunca?
 —Sí señor: hace años leí el *Quijote*.

Dib. SAMA, Laciana.



LOS ULTIMOS MINUTOS DE UNA MUDANZA

Por FRANCISCO MOLNAR

EL MARIDO.—¿Cómo es eso? ¿Dos hombres quieren bajar ese armario?

EL MOZO DE LA MUDANZA.—¡Claro está!

EL MARIDO.—Cuatro hombres no serían bastante. Lo dejarán ustedes caer.

LA ESPOSA.—Está lleno de ropa.

EL MOZO.—Déjenos a nosotros... ¡Levanta!

LA ESPOSA.—¡Por Dios, cuidado con la lámpara!

EL MOZO.—Ya lo sabemos, señora.

EL MARIDO.—Déjalos, que tienen una gran costumbre de estas cosas. La diferencia entre nosotros y ellos consiste precisamente en que para ellos la mudanza es una cosa corriente, mientras que para nosotros es algo desusado. ¡Quién sabe! Tal vez sea la milésima mudanza que hacen.

LA ESPOSA.—Julieta, baje usted al carro y cuide de que no se lleven nada.

JULIETA.—Ya voy, señorita.

EL MOZO.—¡Hala, agarra...!

EL OTRO MOZO.—¡A... up!

LA ESPOSA.—¡Qué gentes tan fuertes!

EL MARIDO.—No es tan difícil como tú crees... Si yo me pusiera... ¡Eh, eh, la lámpara!

EL MOZO (mientras la lámpara cruje y cae en mil pedazos).—Déjenos a nosotros.

LA ESPOSA.—Ya lo había yo dicho.

EL MARIDO.—¿No pueden ustedes poner cuidado?

LA ESPOSA.—Esta Sociedad de transportes no envía más que bribones. Julieta, ¿qué hace usted ahí? ¿No le he dicho que bajase para tener cuidado? ¿Es que lo tengo yo que hacer todo? ¡Me van a llevar toda mi ropa!

JULIETA.—Sí, señorita. (Sale y roba la falda de raso.)

EL MARIDO.—¡Qué pena dejar este piso!

LA ESPOSA.—Vamos, no sigas hablando. ¿Ahora piensas en eso? Y, además, el nuevo piso es más barato, está situado en mejor sitio, no es tan alto como éste, y el niño tendrá una habitación aparte.

EL MARIDO.—¿Más barato? Cuesta ochenta florines más.

LA ESPOSA.—Pero es mayor, luego es más barato. Aparte de eso, me es igual. ¿Para qué te has despedido?

A mí me gustaba vivir aquí, subía con gusto los tres pisos, con gusto me veía privada del cuarto de baño y hasta gozaba profundamente teniendo la cocina oscura.

JULIETA (entra, con cara inocente). Señora; no encuentro por ninguna parte la falda de raso.

LA ESPOSA.—Ya lo había dicho yo. Pronto, vaya usted al carro, pues van a llevarse todo lo demás.

JULIETA.—Sí, señorita. (Sale y roba el pañuelo del traje de novia.)

EL MOZO (tiene en la mano las dos terceras partes de un objeto rocoso).—¿De dónde es este pedazo?

EL OTRO MOZO.—Es la pata de algo.

LA ESPOSA.—¡Todo lo estropean! ¡Todo lo rompen!

EL MOZO.—¡Perdón, señora, estaba ya coto!

EL OTRO MOZO.—Estaba pegado con cola.

EL MARIDO.—Tal vez han sido las muchachas las que lo rompieron... Bajen ahora este sofá.

EL MOZO.—Levántalo.

EL OTRO MOZO.—¡A... up! (Lo levantan.)

LA ESPOSA.—Lo menos hace un año

que no habían barrido debajo de ese sofá. ¡He de despedir a esa Julieta!

EL MARIDO.—¡Eh, la lámpara!

EL MOZO.—Déjenos usted a nosotros. (Rompe el cristal de una ventana.)

EL MARIDO.—Pero... ¿es que no saben ustedes tener cuidado?

EL MOZO.—¿Para qué estaba esa ventana cerrada?

LA ESPOSA.—¡Oh, todo lo rompen! ¡Vaya una gente que nos ha enviado la Sociedad de transportes! ¡Ay, qué nerviosa estoy! ¿Para qué nos iremos de aquí?

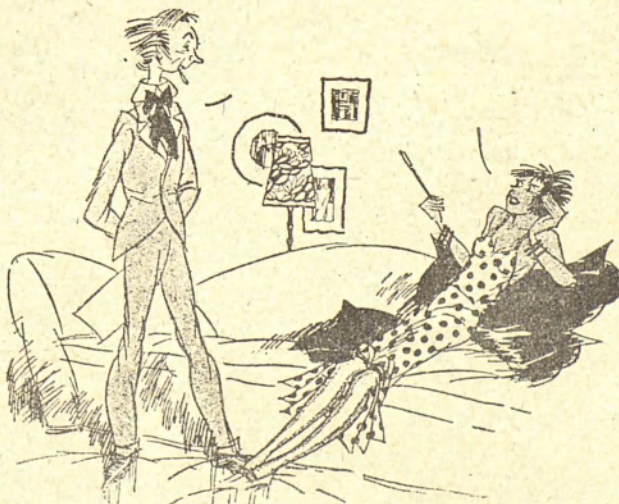
EL MARIDO.—Pero, querida... (Al mozo) ¡Animal!

LA ESPOSA.—Ya sé que eres muy bueno, y que no quieres más que mi bien... No te enfades; pero estoy muy nerviosa. Echate al bolsillo esta figurita china.

EL MARIDO.—Es imposible; tengo ya llenos todos los bolsillos. Aquí tengo el soporte de cristal del piano, el pedazo roto del espejo, y en este otro bolsillo me he metido la moldura...

LA ESPOSA.—¿Qué moldura?

EL MARIDO.—La que se ha roto del armario.



—Estoy encantado de que tu padre no se enfadara cuando supo que yo era poeta.

—Más encantado está él, porque al otro novio que tuve lo quiso tirar por la ventana, y se encontró con que era boxeador.

(De Everybody's.)

LA ESPOSA.—Luego... ¿también eso se ha roto? ¡Ay, Dios mío, todo se ha deshecho! Hasta mi vida, que se deshizo cuando fui tu mujer... (Se echa a llorar.)

EL MARIDO.—No llores, mujer, no llores... No son ellos los que lo han roto, sino yo...

LA ESPOSA.—Dices eso para consolarme. Eres tan bueno...

EL MOZO (coge de cualquier modo el ramo artificial).—Pepe, pon eso entre los dos armarios para que no se rocen.

EL MARIDO.—¿Por qué no ponen ustedes allí sus cabezas? ¿Quién ha oído nunca decir cosa semejante; poner un ramo Macquart entre dos armarios para que se estropee?

EL MOZO.—Déjenlos a nosotros. (Huele el ramo artificial.)

EL NIÑO (entra corriendo).—¡Mamá, mamá! El «sol mayor» se ha roto.

LA ESPOSA.—¿Qué es lo que se ha roto?

EL NIÑO.—El «sol mayor» del piano. ¡Ay, qué furiosa se pondrá la profesora!

JULIETA (apareciendo).—Señora, no encuentro por ninguna parte su corsé.

LA ESPOSA.—Probablemente lo habrán robado.

JULIETA.—Sin embargo, yo he cuidado...

LA ESPOSA.—Usted es una buena muchacha, Julieta, buena y fiel. Le doy como regalo la camisa de batista.

JULIETA (con aspereza).—Muchas gracias, señora.

LA ESPOSA.—¿Es que no la gusta?

JULIETA.—Sí, señora, sí.

LA ESPOSA.—¡Son todos tan buenos! También Pepito es un buen muchacho, que cuida en la calle. ¿No es para entusiasmarse? Quiero darle un beso. Ven aquí, Pepito.

EL NIÑO.—¡Mamá, te juro que no he sido yo el que ha roto el jarrón de China; estaba ya roto!

EL MARIDO (aparte).—¿Eso, también? ¿Por qué disgustas a tu madre? ¿No ves lo nerviosa que está?

LA ESPOSA.—Ven, hijo mío, ven que te dé un beso.

EL MARIDO.—Bien, bien, hijito; vete a jugar. Aquí estorbas.

EL MOZO.—Este espejo forma parte del tocador.

LA ESPOSA.—A ver...

EL MARIDO (aprovecha la ocasión para darle al niño doce o catorce bofetones).—¡Toma, para que digas que «estaba ya roto»!

LA ESPOSA.—¿Qué tal el nuevo piso?

LA COCINERA.—De allá vengo. La cocina es como un agujero de pequeña, no tiene hornillo en el fogón y la puerta no cierra. Lo menos tengo una semana de trabajo antes de usarla, pues los antiguos vecinos eran gente muy sucia, y está todo lleno de cucarachas.

LA ESPOSA.—¡Dios mío, Dios mío!

EL MARIDO.—¡Bien, bien; deje tranquila a la señora!

LA COCINERA.—Prefiero marcharme, pues una no es un perro.

LA ESPOSA.—¡Ay, ay!... (Llorando.)

EL MARIDO.—¡Bien; váyase, hija mía!...

EL MOZO (a tiempo).—Cuidado, buena mujer, que le voy a dar un golpe con este armario. (La empuja fuera de la habitación.)

EL MARIDO.—No llores, querida, que ya se ha concluido. Está ya todo cargado.

LA ESPOSA.—¿Por qué nos marchamos de esta casa? Aquí ha nacido Pepito y yo había pensado ya que nunca nos marcháramos de aquí. Estaba tan acostumbrada a este pisito tan íntimo. ¡Ay, no puedo separarme de él!

EL MOZO.—Ya está todo; ¿nos vamos?

LA ESPOSA.—Ven, querido... ¡Qué pena dejar este piso!

EL MARIDO.—Ya te acostumbrarás al otro. Todo es cuestión de costumbre. Y, además, el niño estará más cerca del colegio y tendrá un cuarto para él solo. Ya verás qué bien estamos. Pero no te pongas tan nerviosa. Esas roturas, ¿qué importa? Siempre se rompe algo. Con todo, estos mozos son los más hábiles.

EL MOZO (con el rostro radiante de orgullo).—Señora, tenga usted; he puesto aparte este rucillo de pescado para que no se pierda, pues estaba caído en el suelo. (Le tiende un pedel del piano.)

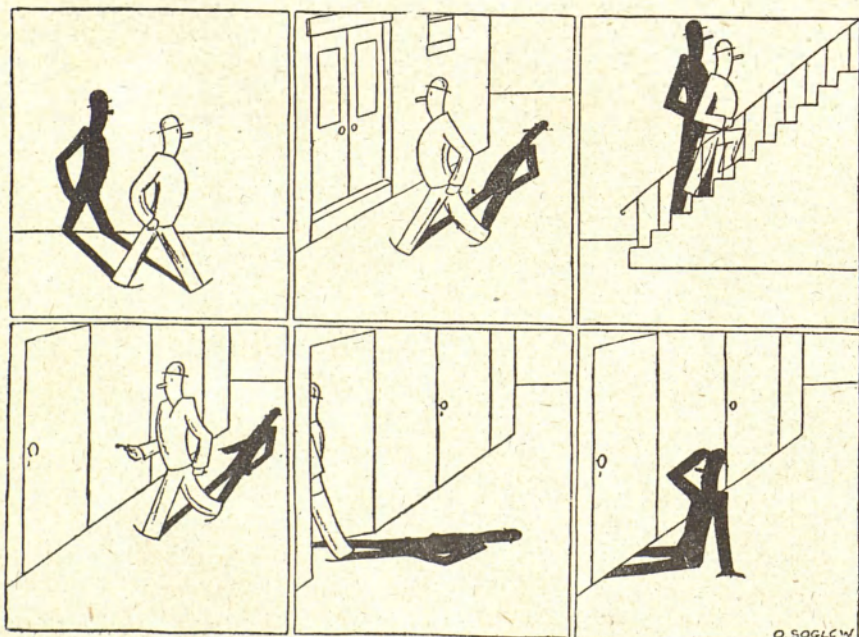
EL MARIDO (metiéndoselo rápidamente en el bolsillo para que su mujer no lo vea).—¡Está bien, buen hombre!

LA ESPOSA (sonriendo a través de sus lágrimas).—¡Pobre hombre, qué previsor! Dale un florín.

EL MARIDO (dándole un florín).—Tenga.

EL MOZO.—Muchas gracias. (Con interés.) Voy a buscar también el tenedor; debe de estar en alguna parte...

El marido y la esposa se marchan de allí precipitadamente. El portero cierra el piso...



HISTORIETA MUDA

(De London Opinion.)



OROCREMA
JABON DE ALMENDRAS

USELO
ES EL MEJOR TRATADO
DE BELLEZA DE LA PIEL

ES UN PRODUCTO DE
**LOS PERFUMES
DE TASARA**
BADALONA



CORRESPONDENCIA

MUY PARTICULAR

A. F. Melón (Valencia).—Encantadora señorita: Con mágico interés, con benevolísima predisposición, con exagerado cariño y con atención preferente, se han examinado sus «monos», teniendo en cuenta la valiosa recomendación de un querido amigo de esta casa que le ha prestado a usted un apoyo digno del más grato recuerdo. Pero, sin embargo, debemos decir que, si bien sus trabajos no son manifiestamente rechazables, tampoco entran de lleno en las condiciones que aquí se exigen ineludiblemente para su publicación.

Picardo (Madrid).—Tuvimos la gentileza de admitir uno de los dibujos con que nos obsequió usted hace poco.

L. V. G. (Torrelodones).—Sus notas veraniegas carecen del interés y del salero necesarios para que pudieran entusiasmar a nuestros lectores. Y no crea usted que opinamos así porque estén hechos en Torrelodones. Estamos seguros de que, hechas en Baden-Baden, si era usted el que las hacía, estarían tan mal hechas como las ya hechas a que nos estamos refiriendo.

Antero de Queipo Pérez-Gordo (Arenas de San Pedro).—No es admisible de ninguna manera.

S. F. B. (Valladolid).—Eso de que usted pellizque a su criada cuando no lo ve su señora, no diremos que sea una infamia, pero sí que es una estupidez el convertirlo en materia útil para escribir doce cuartillas y pretender que se las traguen los lectores de BUEN HUMOR. Menos mal que estamos aquí nosotros para evitarlo.

Lista dolorosa de obras literarias y nombres de sus malos

grados autores que en esta última etapa han visitado «Cestona», bien a pesar nuestro.—Constituyen la infortunada serie las producciones y confeccionadores de ellas que se citan: «Cositas», por C. Remis G.; «No se puede estar en todo», por V. R. de V.; «Victima de la suegra», por A. L. G.; «El estudiante señor Cerdeña, don Pablo», por P. A. G., de Madrid; «Curioseando», por A. C. B., de Santander; «La buena-ventura» y «El castigo del castigador», por M. P. L., de Madrid; «Los gorriones», por J. V., de Oviedo; «¿Por qué?», por J. To-Fer, de Casablanca; «El estudiante Cabrales», «Las gracias de don Simón» y «Un

sucedido que yo no sé si habrá sucedido», por Pizarro, de Valladolid; «La tragedia de un cuadro», por J. S. P. M., de Barcelona; «El amor y los gatos», por R. M., de Madrid; «Hay que hablar claro», «Mal entendido» y «A mi amigo Antonio Cano», por Kardorrozas, de Llanes; «Amor», por J. S. G., de Valladolid; «Sensibilidades», por Don Manuel, de Barcelona; «Historia sentimental de un par de botas» y «Una historia que trae Kola», por Juanito, de Madrid; «La última bala», por Baolo, de Barcelona; «Los enamorados precavidos», por M. A., de Madrid; «Instrucción criminal», «Una lección» y «El actor y

el cirujano», por F. P., de Estivella, poética provincia de Valencia; «Mi entrada en el infierno», por G. L., de Madrid; «Filapiano cuenta su vida», por el propio Filapiano, de Plasencia; «Me hiciste llorar», «Los amores de un poeta» y «De pesca en el Manzanares», por El Conde Nado, de Madrid; y para terminar, «El silencio», por Español, de Madrid, en compañía de tres dibujos, que tampoco han tenido la suerte de alcanzar nuestro sincero beneplácito.

T. B. Q. (Oviedo):

Es eso de una indecencia rayana en la hediondez. ¡Es grande nuestra paciencia, pero es mayor tu sandez!

E. L. P. (Madrid).—Lo del alcalde pedáneo, en gracia a su ágil estilo, podría pasar, si el chascarrillo que lo corona no fuera tan vetusto como la Fuente de la Teja.

Joaquín (Vitoria).—Queda rechazado, sin apelación posible, su artículo en elogio de la patata. Si la propaganda del tubérculo hubiera de hacerla usted, se desacredita el guisado a pasos de gigante.

M. D. A. (Barcelona).—Estamos conformes con usted en que

«... es fácil que el sindicato nos dé a todos un mal rato».

¿Pero qué necesidad teníamos de que usted nos lo haya dado mucho peor con las numerosas cuartillas que destina a hacer tan terrible profecía?

S. R. C. (Albacete):

En mi larga y ancha vida he visto mayor gansada que su cuento «Paco Hermida en cueros». ¡Qué animalada!



El japonés malabarista se divierte con su niño.

(De Liffe.)

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en una aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «**Para el Concurso de chistes**».

Concedemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR
FOTOGRAFO
PUERTA DEL SOL, 13

SINCERIDAD

La señora, después de sorber unas cucharadas de sopa, a la sirvienta:

—Esta sopa tiene un sabor a sardinas que me desagrada. Anoche no debiste fregar bien este plato.

—Este (fijándose) no le fregué yo, señora; fué el gato.

M. P. L. (Madrid).

El premio correspondiente al chiste del número anterior ha correspondido al siguiente:

—¿Cómo se dice, el pantalón o los pantalones?
—Según por donde los cojas; si es por arriba, en singular, y si es por abajo, en plural.

Mosquito (Renedo).

DIALOGO ENTRE UN PORTERO Y UN NIÑO

El portero.—(Al niño que abre las puertas del ascensor): ¡Niño, no subas!

El niño.—¿Y por qué?

Portero.—Porque eres muy joven y te puede pasar algo.

El niño.—Pues más joven es

el pan y usted siempre le pone en el ascensor para que suba él solo y nunca le pasa nada.

Pipolo (Bilbao).

RAZONABLE

—Pero ¿cómo quieres ser orador si apenas sabes hablar en castellano?

¡Bah! Demóstenes tampoco sabía el castellano y fué un modelo de oradores.

Ricardo Lorenzo (Panamá).

EN EL HOTEL GRAN VIA

—Caballero—dice el criado a un parroquiano desaprensivo—, aquí no se puede comer en mangas de camisa.

—Pues dígame a aquella señora que se vista, porque va más desnuda que yo.

Licenciado San Román.

—¿Por qué cuando te refieres a tu hermano dices ésta y cuando te refieres a tu hermana dices éste.

—Pues porque mi hermano se llama Estanislao y mi hermana Estefanía.

Ricardo Corbín (Valencia).

—¿Por qué no diriges la palabra a Pepe?

—Porque fué novio de mi mujer.

—¿Y qué?

—Que me carga que haya sido más listo que yo.

Vocal (Castellón).

Un hico está trepando sobre el techo de su casa. Su hermana mayor le pregunta:

—¿Qué haces ahí?

—Estoy buscando la hipoteca que dice papá que tiene sobre la casa.

J. Perdomo (Madrid).

Ventiladores

LOS MEJORES, LOS MÁS
ECONÓMICOS, CON AIRE
ESPECIAL PERFUMADO.

RAMON ROMERO

Fuencarral, 68. MADRID

EN LA COMISARIA

—¿Por qué cuando vió que deteníamos a su compañero se entregó usted con el paquete de calcetines que habían robado?

—Porque íbamos los dos «a medias», señor comisario.

Ramperito (Palencia).

PIROPEANDO

—Vaya boca, buena moza, me la comía a usted, aunque fuera en cuaresma y tuviera que pagar bula.

—¿Sí? Pues yo a usted no le cato como no baje el besugo.

Juanduarte y Esteban Gómez (Madrid).



—La recomiendo esta tela, señora. Es la última moda, acaba de llegar.

—¿Pero no cambiará el color con el sol?

—¡Oh, no! Ha estado en el escaparate tres meses, y ya la ve usted, no ha variado.

(De Le Rire).



—Siento interrumpir su lectura, pero tengo que quedarme aquí.

(De Ric-Rac.)

ERRATA

—Dice la Prensa que el cardenal Barraquer, en su viaje a Roma en aeroplano, «tomó agua en Ostia».

—¡Tomaría vino!

Alicia Menéndez (Barcelona).

CANDIDEZ INFANTIL

—¡Papá! ¿Cómo llaman a los habitantes de Calahorra?

—Calagurritanos.

—¿Y por qué lo consienten ellos?

F. R. S. (San Sebastián).

—¿En qué se parecen ciertas iglesias de los pueblos de Galicia a las enfermedades graves?

—En que unas tienen cura y otras no.

J. de V. (Valladolid).

COMENTARIOS DEL DIA

—¡Chico, me parece una exageración que para destruir una casa en «Sevilla» hayan hecho falta veintidós «Granadas»!...

El maño (Zaragoza).

¡INDISCUTIBLE!

—¿Hace mucho tiempo que está usted sin trabajo?

—Desde que nací.

Un gaditano (Cádiz).

—¡Caballero, una limosna por Dios!

—¡Cómo! ¡Si va más bien vestido que yo!

—No importa; es que como hoy es mi santo...

Baolo (Barcelona).

—¿Qué militares son los que hacen la carrera más rápida?

—Los aviadores, porque ascienden todos los días.

Mendríguez (Madrid).

EN UN REFRIGERIO DE BODA

La señora, curiosona, después de mirar de arriba abajo al sujeto sospechoso: —¿Usted viene

por parte del novio o de la novia?

El gorrón: —Yo soy de la «claque», señora.

M. P. L. (Madrid).

EN LA PUERTA DEL INSTITUTO

Alumno, acercándose: —¿Es usted el catedrático de Aritmética, por casualidad?

Profesor: —No; yo soy catedrático de Aritmética por oposición.

Mateo Pascual (Madrid).

—Hermano, nuestras reglas nos prohíben ir a caballo—dice un padre franciscano a un lego que se apea de una mula a la puerta de un convento.

—Ya lo sé, Padre; pero es que yo no voy, que vengo.

Ruperto (Lérida).

UN ALUMNO BIEN EDUCADO

—¡Pepito! ¿Cuántos dioses hay?

—Los que usted quiera.

Pitito (Cartagena).

EN LA ESCUELA

El profesor, indignado: —¡Ramírez! ¡Es usted un sinver-

CUPON

Correspondiente al núm. 501 de BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el concurso permanente de chistes o como colaboradores espontáneos.

guenza! ¿Es esta toda la educación que tiene?

Ramírez: —Sí, señor; toda la que usted me ha enseñado.

Baolo (Barcelona).

ARITMETICA ELEMENTAL

—Si yo te doy tres melocotones y te comes dos, ¿cuántos te quedan?

—Ninguno; porque sería una primada que no me comiera el otro.

María Garrido (Avila).

DIALOGO SOBRE LA MODA

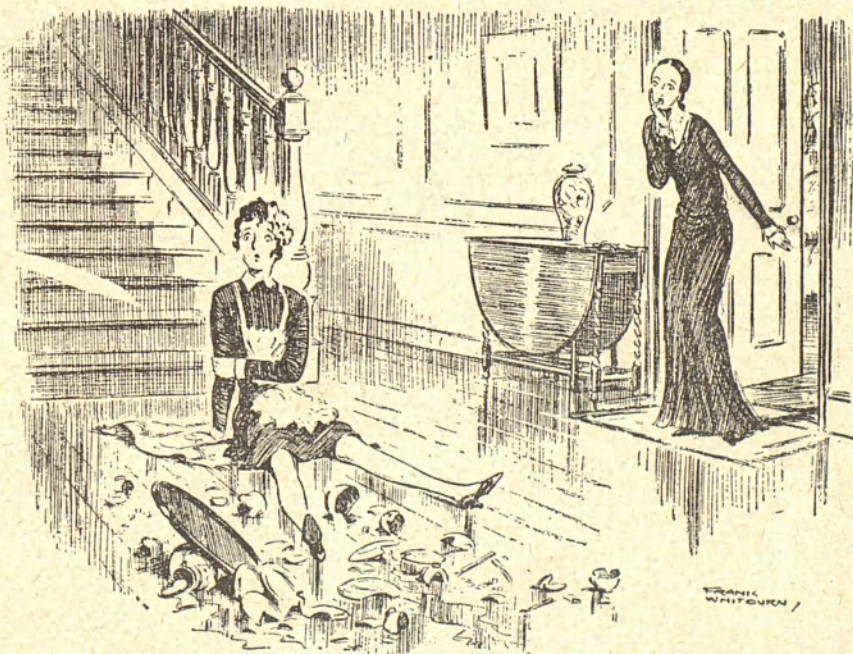
—¿Qué es lo que conviene más para peinarse bien una niña ídem?

—Echar una carta al correo.

—¿Por qué?

—Porque «tira-buzón»...

Ali-Meca (Barcelona).



La señora. —¡Dios mío, María! ¿Qué ha sucedido? ¿Se ha hecho usted daño?

La doncella. —Ha sido un golpe muy fuerte; pero creo que no se me ha roto nada.

(De The Humorist.)



OLER A HOMBRE

CONQUISTAR, por el perfume, esta
distinción ultra moderna.

INSPIRAR, por esta atmósfera viril, la
admiración y simpatía femeninas.

Mago poder del

AGUA COLONIA VARON DANDY

BARCELONA HOTEL BEAUSEJOUR

Paseo de Gracia 23
Casi frente Estación
Apeadero de Gracia
Teléfono 20745-46

Lujosas habitaciones
Grandes salones de
reunión con toda cla-
se de servicios Pen-
sión desde Ptas. 17'50
Cubierto, 5 Ptas.

Descuento del 10% a los portadores de este anuncio

PENSION FRASCATI

Cortes. 647
Teléfono 11642

De primer orden pa-
ra familias distingui-
das y extranjeros.
Trato esmerado. Ba-
ños, ascensor, Pen-
sión desde Ptas. 12'50.
Cubierto Ptas. 3'50.

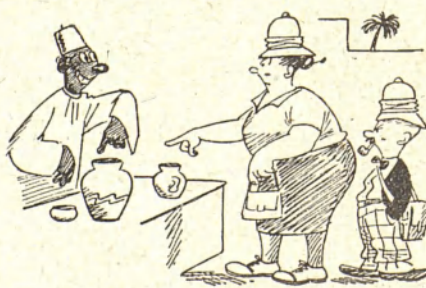
TAPAS para encuadernar coleccio-
nes semestrales de

BUEN HUMOR

se venden en la Administración de di-
cho semanario al precio de 3 ptaş. una.
Se remiten certificadas si al enviar el
importe se acompañan 0,30 pesetas.



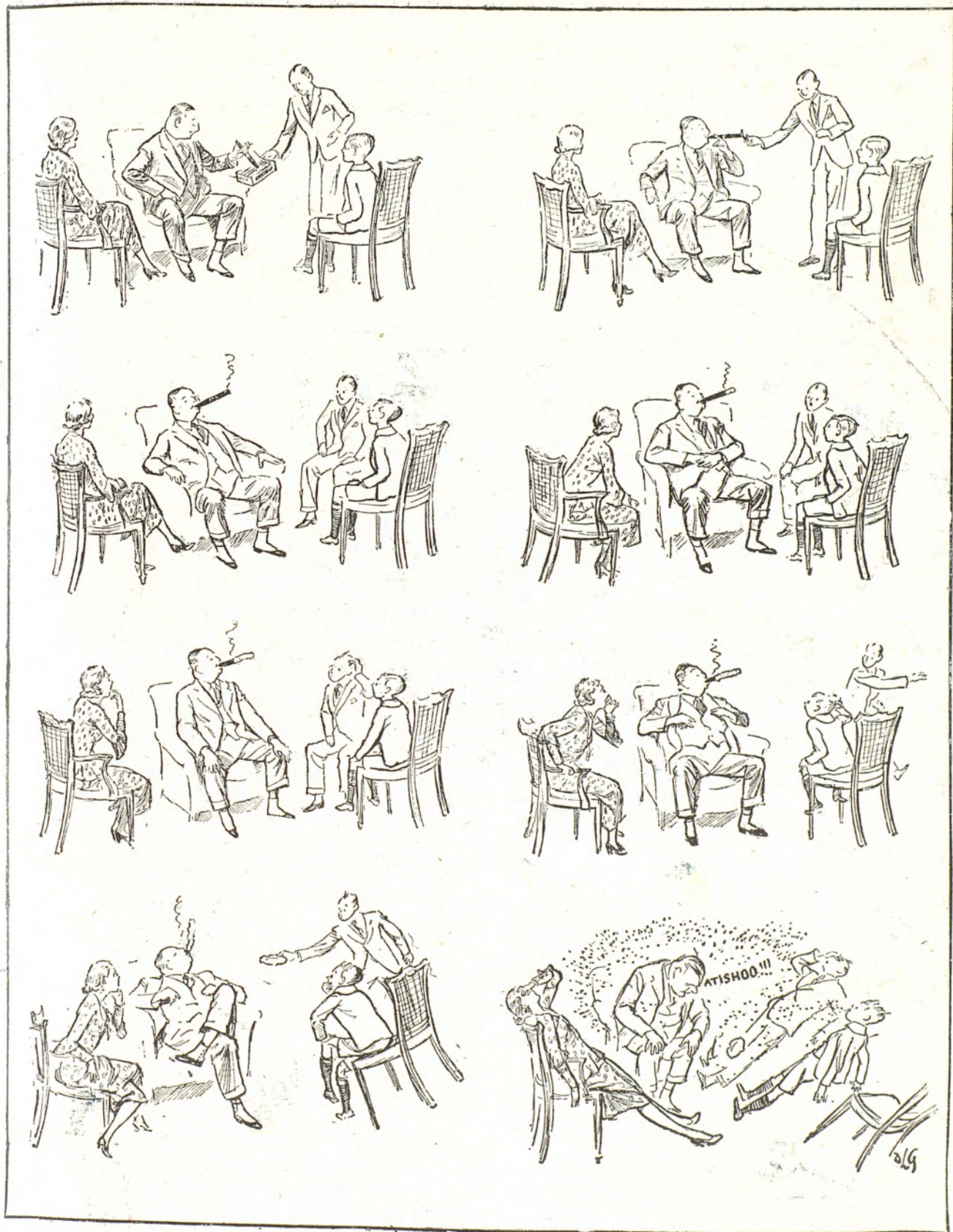
La necesidad es la madre de los inventos.



(De The Passing Show.)

GRÁFICAS UGUINA, MELÉNDEZ VALDÉS, 17. TEL. 41229

Ayuntamiento de Madrid



EL HABILIDOSO FUMADOR QUE NO TIRABA LA CENIZA

(Historieta de *The Humorist*.)

Ayuntamiento de Madrid

BUEN HUMOR



Ella.—Todas mis amigas me preguntan cuándo nos casamos.

El.—¡Qué curiosas. Pues no lo van a saber nunca!

Ayuntamiento de Madrid

Dib. FOGUÉS. Valencia.

El ná